

PLATICA XXV.

DE LOS FRUTOS Y PROVECHOS INESTIMABLES QUE TENEMOS
EN LA MISA.

A 22 de Julio de 1691.

EN cuatro poderosos ríos repartía á la tierra toda el paraíso, cuatro caudales de amenidad, como dando á entender que estaba tan sobrado de delicias, que sin que le hicieran falta las repartía por el orbe todo en cuatro copiosos raudales. Mejor que del paraíso; dijera yo esto del que teniendo la misma fuente de la Divinidad de que brotan los deleites eternos, no nos previene solo aquel bocado que nos dá la vida, sino que reparte tambien á todo el mundo en cuatro ríos inmensos todas las riquezas del cielo. Esos son siempre los inagotables frutos, que como impetuosos terrentes de la liberalidad de Dios, nos comunica el Santo Sacrificio de la misa, porque todos esos cuatro ríos inmensos los hemos menester para pagarle á Dios nuestras deudas.

Cuatro son las principales obligaciones que á Dios le tenemos, dice Santo Tomás, (1. 2. q. 102. art. 3. ad. 10.) La primera, por su Magestad y dominio supremo, le debemos dar la mayor honra con nuestra sujecion y tributo: *Maximé obligatur homo Deo propter ejus magestatem.* La segunda, habiéndole ofendido, debemos aplacar su justo enojo: *Secundó, propter offensam commisam.* La tercera, habiendo recibido de su mano tan infinitos beneficios, le debe dar nuestro agradecimiento infinitas gracias: *Tertió, propter beneficia jam suscepta.* La cuarta, no pudiendo tener nada, sino por su mano, le debe hacer nuestra miseria continuos ruegos: *Quartó, propter beneficia sperata.* ¡Oh, qué cuatro obligaciones, que cada una pedia para satisfacerse un caudal inmenso! ¡Oh! ¿y cómo podíamos decir con el profeta Miqueas: (c. 6. v. 6.) *Quid dignum offeram Domino?* ¿Qué le ofreceré yo á Dios, que sea digno de su grandeza y de mi obligacion? Porque los cuatro sacrificios correspondientes á esas cuatro obligaciones, usados en la Ley vieja, no alcanzaban: *Numquid offeram ei holocaustomata?* ¿Le ofreceré holocaustos, en que consumida la víctima, se consagraba toda á honra de su Magestad y su supremo dominio? ¿Mas qué honra es ésta para aquel á quien se debe infinita? ¿Le ofreceré para aplacar su justo enojo con mis culpas, la que llamaba la Ley *Hostia pro peccato?* ¿Pero qué Hostia, qué víctima puedo ofrecerle, que baste á la satisfaccion por lo infinito de la ofensa, aunque le ofreciera á mi mismo hijo? *¿Nunquid offeram primogenitum meum pro scelere meo?* ¿Le ofreceré, ó el sacrificio de la salud para impetrar su misericordia, ó la Hostia pacífica para darle gracias por sus inmensos beneficios? ¿Pero qué ha de po-

der la sangre de los animales, la muerte de los brutos? *Nunquid placari potest Dominus in millibus arietum?* He aquí, pues, que por cuatro partes cogidos entre inmensas obligaciones, por todas partes nos hallamos del todo fallidos para la paga.

Mas ya, con el Santo Sacrificio de la misa, que abraza todos esos sacrificios, tenemos de nuestra mano cuatro caudales infinitos. El primero ya lo vimos, con que en la misa le ofrece al Eterno Padre su mismo Hijo la honra suma en protestacion de su absoluto y supremo dominio, pagando por nosotros en reconocimiento de nuestra humilde sujecion, el tributo á tan Supremo Rey. Réstanos ahora ver cómo en la misa tenemos el caudal para las otras tres obligaciones. Estas, pues, son las que ya expresa el Catecismo. Acabamos de decir que se ofrece este divino Sacrificio solo al Eterno padre; y añede: *¿Para qué.* R. *para tres fines: para hacerle gracias, satisfacerle, y pedirle beneficios.*

Apretada, terrible, estrecha obligacion la que pone el agradecimiento, iba á decir, en un corazon noble; pero veo que aun las fieras son agradecidas: iba á decir en un racional; pero veo que aun los brutos no se niegan al agradecimiento. ¡Oh, qué tres leyes de la gratitud! ¡Confesar y conocer el beneficio; conservarle en la memoria, y corresponderle con el retorno! ¿Pues qué conocimiento nuestro alcanza á los beneficios que á Dios le debemos. ¿Qué memoria nos basta, si son infinitos? ¿Y qué retorno, si son inmensos?

Tan discreto, como piadoso, dijo aquel célebre Cosme de Médicis, gran Duque de Florencia. (Engelgr. *Celest. sess. 2. §. 2.*) Habia repartido de limosna un millon, habia gastado otros cuatro millones en Iglesias, Hospitales y obras pías; y ajustan-

do un dia sus cuentas, no sé quién le preguntó, qué hacia. Y él respondió discreto: Aquí estoy viendo si entre los muchos que deben, hallo una sola partida en que Dios me deba algo; y en verdad, que habiendo gastado tanto, todavía Dios me alcanza. ¿Cómo, pues, podrá nuestro agradecimiento darle á Dios dignas gracias, si cuanto le podemos ofrecer, lo excede con un infinito de beneficios? Solo con el Sacrificio de la misa.

Por eso en ella el sacerdote nos convida á que las hagamos: *Gratias agamus Domino Deo nostro.* Y en cada palabra de estas nos dá luego una razon para hacerle gracias: *Domine Sancte, Pater Omnipotens, Æterne Deus.* Le debemos, pues, dár gracias como á Señor: *Domine,* porque de él pende nuestro sér; gracias como á fuente de la Santidad, porque él nos dá la gracia: *Sancte.* Gracias como á Padre amorosísimo, porque sobre darnos el sustento, nos previene la herencia eterna: *Gratias.* Gracias como á Omnipotente, que en todas las criaturas nos está dando sus beneficios: *Omnipotens.* Y gracias, como á Eterno, que en todos los instantes nos está repartiendo sus favores: *Æterne Deus.* Y si así es digno por su grandeza, es justo por nuestra obligacion, es debido por nuestro reconocimiento, y es saludable para mover su piedad, que siempre y en todo lugar le estemos dando gracias: *Vere dignum, et justum est, æquum, et salutare, nos tibi semper, et ubique gratias agere.* ¿Cómo las haremos de modo que le sean aceptas? ¿Cómo lo haremos de modo que le sean agradables? Ya nos lo dice la Iglesia: *Per Christum Dominum nostrum.* Poniéndolas en el mismo Cristo, como en el Armas agradable á sus ojos. ¡Oh almas! Poned en la misa dentro de la llaga del costado de Cristo

vuestro agradecimiento, para que así le sean al Eterno Padre agradables.

Arrebatada en espíritu una vez Santa Gertrudis, (Haut. n. 1139.) al empezarse la misa, vió que el mismo Cristo, revestido de sacerdote, la estaba ofreciendo; y llegádo al ofertorio, vió que levantándose el corazón del Señor sobre su pecho en forma de un altar de oro resplandeciente, volando los Angeles de guarda de los circunstantes, ponian sobre aquel altar purísimo unas aves blancas, que eran las oraciones y acciones de gracias de los justos que allí estaban. Prosiguió el Señor la misa, oyó cantar á la Santísima Virgen el *Sanctus, sanctus, sanctus*, y luego vió que levantando el Señor las manos á su Eterno Padre, se ofrecia á sí mismo con todas aquellas ofrendas que tenia en su corazón. Y cuando así la Santa estaba elevada, oyó tocar la campanilla como se suele al alzar; y volviendo en sí, halló que lo que veían ahora sus ojos era lo mismo que antes estaba mirando su espíritu.

Ya, pues, nada vale todo cuanto nosotros le podemos ofrecer á Dios agradecidos, si se coteja con la grandeza de sus beneficios; pero si lo ponemos en Cristo, ¡oh, lo que adquiere de precio! Mirad: ya sabeis cómo ha dado la liberalidad en solapar la ostentacion. Suelen enviar en una gran fuente de plata ó de oro, puestos cuatro dulcesitos, ó cuatro frutas. ¡Qué presente tan corto, tan escaso!—¿Pues eso se envia?—Señor, viene con fuente, y todo que se quede acá. Pues ahora sí: dile que lo agradezco mucho, que es gran regalo. De modo, que la frutilla ó los dulces que por sí no se estimaban, ya por la fuente en que vienen, se estiman, se aplauden y se agradecen. Pues eso tenemos en Cristo que en el Sacrificio de la misa se ofrece, una fuen-

te en que puesta la poquedad de nuestros afectos agradecidos, si por sí solos no eran de precio, por la fuente con que se ofrecen, son al Eterno Padre agradables, para hacerle dignas gracias por sus infinitos beneficios.

¿Mas qué si en lugar del agradecimiento le ha correspondido á Dios nuestra ruindad con ofensas? ¡Oh, qué deuda tan sobre toda ponderacion imponderable! Un Dios ofendido, ¿quién bastaba para mitigar su justicia? Fué menester que su Hijo, verdadero Dios, en el Sacrificio sangriento de la Cruz diera hasta la vida para satisfacerla. Allí, pues, como ya dije en la plática pasada, nos ganó este caudal infinito de satisfaccion. Pero en la misa, que es la llave, se nos reparte, se nos aplica esa riqueza, para aplacar el enojo del Eterno Padre, y para satisfacer por nuestras culpas, que por eso define el Santo Concilio de Trento, (*sess. 22. can. 3.*) que no es este solo Sacrificio de alabanza y accion de gracias, sino tambien propiciatorio para alcanzar del Padre Eterno el perdon de nuestras culpas. No digo que con sola la misa inmediatamente se perdonan los pecados, como sucede en el Sacramento de la confesion; mas lo que digo es, que por este Divino Sacrificio alcanzamos de Dios los auxilios para conocer nuestros pecados, y arrepentirnos de veras, y confesarlos para que se remita aquella pena que les habia de corresponder por digno castigo. ¡Oh, pecadores! ¡Oh, almas perdidas! La misa es el Tribunal de la misericordia, el trono de la piedad, el asilo de la clemencia. ¿Quereis salir de vuestros vicios? Aquí teneis la fuente de la luz que os alumbrá. ¿Buscais el perdon? Por aquí se halla. ¿Quereis ser amigos de Dios? Por este medio se consigue: *Sacrificium laudis honorifi-*

cabit me, et illic iter quo ostendam illi salutare meum. ¿Son grandes, enormes y gravísimos vuestros pecados? Infinitamente es mayor la víctima que por vosotros se ofrece; y si, como sienten graves Teólogos, al ofrecerse este Divino Sacrificio el mismo Señor en el cielo, no solo le ofrece al Eterno Padre, sino que aboga, intercede, ruega por nosotros, mostrándole sus llagas, representándole su muerte, ¿qué negará el Eterno Padre á tales méritos, á tales ruegos, y á tal Hijo? Si al ver el hijo de Abraham humillado al sacrificio, le movió su tiernísimo corazón, de modo que lo llenó de beneficios, (Lobet. p. 193.) ¿qué hará al ver á su Hijo tan humillado en su presencia?

Habian cogido los Venecianos la ciudad de Ferrára; sintiolo gravemente el Sumo Pontífice Clemente V, porque aquella ciudad pertenecía á la Iglesia; y así fulminó excomunion contra toda la República Veneciana. Y para aplacar el enojo del Pontífice, vinieron á Aviñón dos senadores; pero ni los quiso oír, ni admitirlos á su presencia. ¿Y qué hizo uno de ellos? Vistióse una piel de un perro, y echóse debajo de la mesa donde solia sentarse el Pontífice; y cuando estaba sentado, salió de allí en aquella forma, y se postró á sus piés. Esta humildad bastó á que el Pontífice, no solo dejara su enojo, sino que levantándolo á sus brazos, le hizo muchos favores á él y á su República. Pues si esto consiguió de un hombre el acto humilde de aquel embajador, ¿qué conseguirá de aquellas entrañas de infinita misericordia ver á su mismo Hijo pedirle humillado por nosotros? Pues esta es la ocasion en la misa para satisfacerle; pecadores, no la malogremos.

Mas no solo es para quitarle á Dios sus enojos,

sino tambien para pedirle beneficios. ¡Oh, si aviváramos la fé, cuánto alcanzarían en la misa nuestros ruegos! En los aprietos, ahora particulares, ahora públicos: en las necesidades, ahora propias, ahora de la familia y de los hijos: en los peligros, ahora del alma, ahora del cuerpo, á la misa, fieles, á la misa. No hay ocasion mas oportuna de alcanzar, no hay coyuntura mejor para conseguir. Allí, allí donde apadrinados nuestros ruegos del mismo Hijo de Dios, ¿cómo podrán tener mal despacho? Dejádme referir este suceso:

San Porfirio, Obispo de Gaza, (Sur. *in Vita* 26. Febr.) llegó á Constantinopla, siendo Emperador Arcadio: iba con una empresa árdua entónces, y difícilísima de conseguir: era pedirle al Emperador que mandase arruinar y destruir en su Obispado todos los templos de los ídolos, que eran muchos. Pero aunque el Emperador era cristiano, haciásele muy difícil de conceder esto, por ser todavía muchos los gentiles; y por esto el santo Obispo no podía conseguir su peticion. Nacióle en esta sazón al Emperador un hijo, que fué Teodosio; lleváronlo á bautizar á la Iglesia. ¿Y qué hizo aquel Santo Obispo? Escribió su memorial, en que pedia lo que tengo dicho. Póneselo al niño entre las manecitas, y al volver de la Iglesia, al recibirlo el Emperador en sus brazos, exclamó: ¿Qué es esto? Toma el papel, lee, y cayóle tan en gracia, que como si fuese aquella la primera peticion que le hacia su hijo, al punto la concedió toda. ¡Oh, que no admite cotejo! Pero pasad la vista de padre á Padre, y de hijo á Hijo: ¿cómo nos negará el Eterno Padre lo que por manos de su Hijo le pidiéremos, si al ofrecerlo en la misa lleva en su mano nuestras peticiones? ¿Qué no conseguiremos?—

Oh, que muchas veces he pedido y no he alcanzado.—Quéjese de sí mismo quien tal dijere, ó de su necedad en pedir lo que le daña, ó de su indisposicion para recibir lo que pide; pero sepa que aunque en particular no consiga eso que pide, siempre, siempre en lo general tiene buen despacho. Y si lo que se pide es para bien del alma y gloria de Dios, seguro vá de conseguir el ruego: pudiera referir cien ejemplos, pero acabo con este.

Refiere nuestro Hautino, (*núm* 1144.) que por los años de 859; habiendo los cimbrios con poderoso ejército destruído y talado todos los Países Bajos de Flandes, entre la comun calamidad dejaron asolado y destruído el Monasterio Prumiense, en que con muchos santos monges vivia con ejemplarísima vida su Abad San Ansaldo, que viendo su casa arruinada del todo, y sin tener donde albergar sus monges, acudió á Dios con sus ruegos, repitiéndole en la misa con fervorosas instancias esta su necesidad. Sucedió, pues, que á mas de quince leguas de allí, en la ciudad de Guisa en Francia, vivia á la sazón un caballero muy poderoso y rico, llamado Nidardo, que hallándose sin hijos, y deseando emplear bien su mucha hacienda, despues de muchas oraciones con que le pidió á Dios que le dictára en qué gastaría su caudal, que fuese de su mayor agrado, hallándose confuso, lo que determinó fué, hacer una solemne escritura de donacion, en que desde luego daba todo su caudal á aquel lugar adonde ésta su escritura fuese á caer. Escrita pues así, la mañana siguiente atando este papel en una saeta, subiése á un lugar alto, y desde allí disparó la saeta al aire. ¡Oh, prodigio! En este instante mismo estaba allá en su monasterio diciendo misa San Ansaldo; y clamándole á Dios

por la restauracion de su Iglesia y casa, cuando la saeta corriendo en un instante la distancia de mas de quince leguas, al mismo punto que en Guisa la disparó Nidardo, en ese mismo cayó sobre el altar donde Ansaldo decia misa. Cogió la saeta, abrió el papel que traía, y hallóse con caudal bastante para reparar y rehacer todo su monasterio; porque acudiendo á Nidardo, le entregó al punto su caudal todo. Y por testigo de tanto prodigio, se guarda hasta hoy en el monasterio Prumiense aquella saeta y aquella escritura de donacion tan milagrosa. Y si nosotros en la misa tenemos la escritura firmada de mejor mano, logremos, fieles, toda la liberalidad de Dios, que solo espera allí nuestras peticiones y ruegos: logremos un Padrino como el Hijo de Dios; representémosle confiados nuestras necesidades, para lograr sus beneficios. Pidamos humildes, aún los beneficios del cuerpo, si nos conducen á los mejores bienes del alma, que por la gracia nos conducen siempre á los eternos bienes de la gloria.